

RIBAGORZA PURA: LLAUSET-VALLIBIERNA

“Yo... he visto cosas que vosotros no creeríais: atacar naves en llamas más allá de Orión. He visto rayos C brillar en la oscuridad cerca de la Puerta de Tannhäuser. Todos esos momentos se perderán... en el tiempo... como lágrimas en la lluvia. ” (Philip K. Dick)

Sí, todo empezó un 6 de octubre, el mismo día que se estrenaba en España “*Blade Runner 2049*” y en el octogésimo tercer aniversario de la declaración de independencia de la república de Cataluña por el funesto Lluís Companys.

Con esos referentes y tres coches, después de más tres horas, llegamos al pueblo ribagorzano de Aneto. Cada vehículo tuvo su horario, como buenos aragoneses, y finalmente fuimos doce los que nos animamos a venir a este rincón oriental de nuestro Pirineo. Ni en el número de ocupantes hubo coincidencia: en el de Domingo fueron 5, en el de Jesús, 4 y en el mío 3.

Nuestro coche salió de Zaragoza sobre las tres de la tarde y éramos conscientes de que había que estar en el Refugio de Cap de Llauset sobre las 19:30h., lo que nos obligaba a los “tardanos” a ir un poco más ligeros. Llegados a Aneto tomamos la sorprendente pista que supera algo más de mil metros de desnivel para alcanzar la presa de Llauset. Hubo de todo en esta primera aproximación: algo de asfalto, baches y socavones en el firme, piedras sueltas y gravilla, tierra y polvo y, en nuestro caso, una punta de ovejas, muchas ovejas que nos cortaron el paso en la pista. Las lanudas no se movían y el pastor tampoco tenía prisa por apartarlas aunque al fin, con desgana, nos despejó la vía. Fueron unos cuantos zig-zags y un túnel largo para llegar al embalse y a su estacionamiento.

Allí estaba ya aparcado el coche de Domingo y vimos cómo también acababa de llegar el de Jesús. Pudimos admirar, con la dulce intensidad de la luz de tarde, la belleza del entorno con el lago y las cumbres de Vallibierna por encima de los tres mil metros.

Éramos siete, pues los cinco “tempraneros” habían salido una media hora antes. Nos equipamos en unos pocos minutos y salimos hacia el nuevo refugio de Cap de Llauset. Era nuevo para todos nosotros, salvo para Víctor. La temperatura era agradable para caminar y la luz, aunque declinando con la tarde, suficiente para llegar sin frontales al refugio.

En poco más de quince minutos bordeamos por la orilla norte el embalse de Llauset y, tras cruzar una pequeña pasarela metálica para superar una torrentera, comenzamos el primer repecho hasta la collada que da paso al ibón de Botornás y de allí alcanzar el refugio, los más rápidos (Jesús y Víctor) en poco más de tres cuartos de hora y el resto diez minutos más tarde.

El refugio se compone hoy de dos cuerpos, aunque el segundo no está acabado. Su aspecto exterior alumínico y su plataforma de acceso de rejilla metálica me recordó al Refugio de Goûter en el Montblanc. Su situación envidiable y su altitud, en los 2.425 metros, lo convierten en una joya para alojar montañeros. Cuando esté completado el segundo cuerpo podrá ofrecer cama y comida a 80 personas.

Nuestros camaradas de fatigas ya se habían acomodado en la habitación número 2, que reunía, según sus previsiones, a los no roncadores, incluidas nuestra tres compañeras (Eva, M^a Jesús y M^a Emilia). Tras cambiar botas por los zuecos de goma, fuimos alojados en la habitación número 4, de ocho plazas y con ducha separada, lavabo e inodoro. En definitiva, habitaciones estupendas para un refugio de alta montaña, con buena ventilación y literas cómodas. Tomamos posesión de nuestros lechos; nos aseamos y bajamos al comedor por ser casi la hora de la cena.

En nada tuvimos dispuestos platos, vasos y cubiertos; algunas cervezas o refrescos sirvieron para abrir boca. Ocupamos dos mesas y en seguida llegaron dos soperas llenas de lentejas bastante sabrosas (para algunos faltaba el chorizo). Hubo después una ensalada y después llegó la costilla de cerdo asada con su hierbas aromáticas y patatas panadera. Las fuentes de carne y patatas eran cumplidas y creo que casi todos comimos demasiado y bebimos un poco de vino tinto por gentileza de Víctor. La cena terminó con una crema de yogur griego.

Durante la velada y las posteriores infusiones hablamos, como no, de Cataluña, sus gobernantes y la enloquecida marcha de éstos por senderos de sedición, desobediencia a los tribunales y malversación de caudales públicos, además de haber llevado adelante durante el 1 de octubre una pantomima o burla de lo que debe ser una consulta referendaria. Y como guinda de todo la actuación de los Mossos y otras valoraciones no tan comedidas, ya que el hartazgo del nacionalismo catalán es general. También se habló del futuro y Domingo nos comentó que terminan sus días como Presidente del Club de Montaña del Colegio de Abogados y que no se presentaría a un nuevo mandato. Sólo puedo agradecerle, y creo que era el sentir de todos, el gran esfuerzo y trabajo que ha dedicado al Club en estos años.

Sobre las diez y media de la noche todos nos preparamos para dormir, La temperatura había bajado bastante; soplaban un poco de viento y una luna llena magnífica en un cielo limpio de nubes hacía que la noche fuera transparente de luminosidad. Era noche de licántropos, aulladores a la luna y buscadores de victimas inocentes; algo de eso hubo, aunque no fueron exactamente cantos de lobos.

La noche fue larga, muy larga. Quizás por la excesiva cena, quizás por los humanos ruidos ambientales, vamos, ronquidos o bramidos, fue complicado dormir. Incluso en la habitación de la chicas, la de no roncar pero, con escolta masculina, a pesar de las promesas se registraron sonoras respiraciones que las crónicas calificaron de ronquidos severos. Nuestro cuarto fue la *“habitación del pánico”*, si de roncar hablamos; éramos siete y, unos por otros, hubo muchos ratos con solista, duetos e incluso tríos. A partir de las dos de la mañana, me conseguí dormir y seguro que me incorporé al cuerpo de “cantores” nocturnos de Cap de Llauset. Javier se desesperó de tanto canto y terminó en el pasillo. Perdónanos: no lo pudimos evitar. Casi todos dormimos poco, unas tres horas, pero también hubo quien completó más de 5 horas.

De 6:15 á 6:30 h. todos de pie; tras el aseo debido y el arreglo de las mochilas, bajamos a desayunar. Comentamos, como no, los aspectos corales de la noche y el poco sueño efectivo que en general tuvimos la mayoría. El refrigerio estuvo muy bien, lo que vino a confirmar la buena información previa sobre la comida del refugio. La Luna y Venus todavía estaban allí iluminando las últimas sombras nocturnas y dando paso a nuestro amanecer montañero.

A las ocho y con temperatura bastante fresca comenzamos la marcha, que abría Víctor como guía y responsable de la excursión. Aunque el terreno estaba bastante seco, pudimos ver que había pequeñas manchas húmedas con un ligero hielo. El día apuntaba un sol esplendido y perfecto para ir subiendo poco a poco hacia el pico Vallibierna. La ascensión es sencilla, sin dificultades técnicas y con hitos marcados. El recorrido bordea los dos ibones de Llauset hasta alcanzar aproximadamente los 2.700 metros. Tras hacer un pequeña parada, cuando se cumplía una hora y media de marcha para tomar un bocado y un sorbo de líquidos, seguimos la ascensión para superar otra zona de caos e iniciar una marcada senda, que trazaba varias “zetas”, para alcanzar en una hora, más o menos, la cresta cimera de nuestro primer objetivo: el Vallibierna. Jesús iba por delante y pudo así hacer no pocas fotografías y algún video.

Esta vez me retrasé sólo unos minutos. Reunidos todos en la cima misma (3.067 metros) immortalizamos el momento. Desde la cima se ve, como desde un fantástico palco, la línea de

picos de más de tres mil metros que teníamos en frente (de derecha a izquierda): el Russell, el Margalida, el Tempestades y su cresta y el Aneto. Un espectáculo en un día de encargo: sol radiante, buena temperatura y ausencia de viento, que hubiera sido peligroso en el cresteo.

Tras las fotos y congratulaciones en la cima debíamos seguir al siguiente objetivo: la Tuca de Culebres. Eso suponía bajar una decena de metros en altura y colocarnos ante el conocido “Paso del Caballo”, un pétreo plano muy inclinado con abismos (“mucho patio”) a ambos lados, que puede pasarse a horcajadas, es decir, montando como a caballo sobre la arista. Para superar con garantías y sin riesgos este delicado punto de una veintena de metros, llevábamos una cuerda de unos 30 metros, que instalaron Javier, César y Domingo, que cedió a la tentación de hacer figuras y el Tancredo en la arista misma sin asegurarse a un anclaje. Eso nos puso, durante unos segundos, el corazón en un puño, porque esta vez estuvo más allá de la audacia, quien tantas veces nos ha pedido justamente prudencia.

Montado el tinglado comenzamos a pasar unos sentados a caballo, otros haciendo una bavaresa sencilla, con buenos agarres en las manos y razonables apoyos para las botas. Todos íbamos provistos de un arnés o una vaga con doble mosquetón, para estar siempre asegurados en cualquiera de los tres tramos en que se repartía la cuerda fija. El paso de todos se demoró un rato, pues nuestros realizadores gráficos inmortalizaron los momentos de todos y cada uno.

Se desmontó la cuerda y nuevamente todos en la cima de la Tuca de Culebres, nuestro segundo tres mil del día. Desde esta cima empezamos a ver casi por completo el recorrido de vuelta, ya que haríamos una circular. Los primeros metros de descenso del Culebres no son sencillos y trazar la mejor alternativa fue tarea en la que se empleó César. En estos primeros cien metros había que estar bien atentos. El tramo terminaba en el collado de piedra de tipo esquisto, prácticamente negra, y que formaba una suerte de grava gruesa y deslizante. Nos reagrupamos; hicimos unas fotos y comenzamos el descenso por la negrura de ese valle, a la espalda del pico Vallibierna.

Domingo empezó a bajar muy rápido; le siguieron Jesús y Victor y a ese descenso más ligero nos unimos otros, que aprovechamos la Ley del Plano Inclinado para despachar rápido este tramo. Este valle terminaba en la bifurcación con el GR 11 y la cola del embalse de Llauset. De nuevo y bordeando el estanque en menos de media hora fuimos llegando al aparcamiento junto a la presa. Eran las 14:15 horas más o menos.

Tras cambiarnos y recoger un poco nuestros bártulos, los tres coches comenzamos el descenso por la pista: unos 9 kilómetros y unos 20 minutos. Entendí que íbamos a comer a Puente de Montañana, ya en Aragón, pero finalmente por la hora, ya eran las 15:15h., decidió el Alto Mando, que lo intentásemos en Pont de Suert. Y pudo ser. Volvimos a hablar de Cataluña y de este futuro loco que no está inscrito en un Registro de la Propiedad, sino en las estrellas, quizás también más allá de Orión o a las puertas de Tannhäuser.

Gracias a todos por una jornada inolvidable.